

Falvino, Sergio

*Aelredo de Rievaulx y su mística de la amistad.
Algunas consideraciones sobre la importancia de
la afectividad en el medioevo*

Stylos N° 22, 2013

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Falvino, Sergio. "Aelredo de Rievaulx y su mística de la amistad : algunas consideraciones sobre la importancia de la afectividad en el medioevo" [en línea]. *Stylos*, 22 (2013). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/aelredo-rievaulx-mistica-amistad.pdf> [Fecha de consulta:...]

AELREDO DE RIEVAULX Y SU MÍSTICA DE LA AMISTAD. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA AFECTIVIDAD EN EL MEDIOEVO

SERGIO FALVINO¹

RESUMEN: A partir del siglo XII se produce el gran auge de la mística gracias a la influencia positiva de la especulación. Fue principalmente San Bernardo de Clairvaux, después de algunos dignos predecesores, su verdadero fundador al desarrollar en sus obras las temáticas de las relaciones nupciales del alma con Cristo, el Amigo por excelencia. Esta misma línea de pensamiento en ámbito cisterciense, fomentada por el mismo Bernardo, fue transitada por Aelredo, Abad de Rievaulx. El Beato Aelredo la describe en su obra *La amistad espiritual* en la cual, mediante un diálogo que involucra ya sea su experiencia personal, ya las reflexiones ciceronianas del *Laelius*, propone a sus monjes y a los lectores en general, la amistad auténtica como escuela de santidad. En la misma, el autor desarrolla un verdadero *itinerarium amoris* en el que la perfección de la caridad se realiza, a modo de *topos* teofánico, en la amistad vivida concretamente.

Aelredo utiliza, por consiguiente, expresiones sublimes como “*el amigo es custodio del amor*”, o bien, “*guardián del alma*” hasta elevarse paulatinamente la afirmación: “*Dios es amistad*” y, en definitiva, “*quien permanece en la amistad, permanece en Dios y Dios en él*”. De este modo, es en los amigos en quienes se fusionan los corazones por medio del “*beso espiritual*” hasta alcanzar la unión mística gracias al “*osculum Christi*”. El “*beso*” que permite la unión de lo humano con lo divino, el medio por el que podemos “*reposarnos en el abrazo de Cristo*”.

Palabras clave: mística especulativa - amistad - beso espiritual - abrazo de Cristo

¹ UCA

ABSTRACT: Mysticism reached its maximum expression during the twelfth century thanks to the positive influence of Speculation. Its real founder was primarily St. Bernard of Clairvaux, who followed a number of worthy predecessors, as his works developed the theme of nuptial relationships of the soul with Christ, the ultimate Friend. This same line of thought within a Cistercian context, and fueled by Bernard, was exercised by Aelred, Abbot of Rievaulx. Blessed Aelred, in his work *Spiritual Friendship* describes it through a dialogue that involves both his personal experience as well as the Ciceronian reflections of *Laelius* and he challenges his monks and his readers to genuine friendship as a school of holiness. Thus, the author develops a real *itinerarium amoris* in which the perfection of Charity is realized - through a *topos* theophanic form - in friendship lived concretely. Therefore, Aelred uses sublime expressions such as “*a friend is a custodian of love*”, or “*guardian of the soul*” and gradually arrives at the lofty statement “*God is friendship*” and, ultimately, “*He who remains in friendship, remains in God and God in him*”. Thus, it is through the “*spiritual kiss*”, that the hearts of friends are fused and reach the mystical union thanks to the “*osculum Christi*”. In other words, this “*kiss*” allows the union of humanity with divinity, the means by which we can “*rest in the embrace of Christ*”.

Keywords: speculative mysticism - friendship – spiritual kiss – embrace of Christ

Acerca de las distintas experiencias monásticas y místicas anteriores al año 1100, podemos afirmar que, por lo general, no habían pasado aun la fase ascético-purificatoria previa a la contemplación. Es a partir del siglo XII que la mística recibe un impulso de la especulación y se desarrolla en Occidente, gracias a la influencia positiva de algunos autores, entre los cuales el más influyente es ciertamente el neoplatónico cristiano Dionisio el Areopagita, una verdadera mística especulativa que afirma la posibilidad para el alma humana de llegar a la iluminación y a la unión con la divinidad. Estos temas se tornaron importantes con los victorinos, Hugo y Ricardo de San Victor,

Stylos. 2013; 22(22)

puesto que dieron preeminencia en sus estudios a la psicología y desarrollaron una teoría de la contemplación fundada sobre la idea del nacimiento de Dios en el alma por medio de la gracia bautismal.

Pero fue San Bernardo, verdadero espejo de su tiempo y «último de los Padres de la Iglesia»², el verdadero fundador de la mística occidental. En sus obras, en especial en *De diligendo Deo* y en las 86 homilías sobre el *Cantar de los Cantares*, desarrolla los aspectos fundamentales de su concepción mística: las relaciones nupciales del alma con Cristo, Verbo de Dios, de quien habla como de un amigo. Su doctrina de búsqueda de la unión con Dios se inspiró en el estudio de las Sagradas Escrituras y de los Padres de la Iglesia, así como también en su personal experiencia religiosa³. Debemos destacar, sin embargo, que la mística del Abad de Clairvaux fue desarrollada por su contemporáneo y amigo Guillermo de Saint-Thierry, así como también por Aelredo de Rievaulx y Guerric de Igny, quienes la retomaron y ampliaron las enseñanzas de Bernardo⁴.

Con respecto a Aelredo, Abad cisterciense de Rievaulx, las fuentes biográficas⁵ señalan que Hexham fue su ciudad natal y aseguran que formaba parte de una familia de sacerdotes católicos⁶. Posteriormente, estudió en Durham y a este período se pueden atribuir las primeras

² Cf. Merton, Thomas, *San Bernardo, el último de los Padres*, Patmos, Madrid 1956. Véase, además, Benedicto XVI, *San Bernardo de Claraval*, Audiencia General del miércoles 21 de octubre del 2009.

³ La mística de Bernardo nos propone una ascensión en cuatro grados de amor; así se pasa desde lo más profundo del pecado original hasta lo más elevado del amor de Dios (cf. Gilson, E., *La théologie mystique de S. Bernard*, J. Vrin, Paris 1947).

⁴ Cf. Herrero, José Sánchez, *Historia de la Iglesia II: Edad Media*, BAC (Sapientia Fidei), Madrid 2005. Las enseñanzas del Abad de Rievaulx se encuentran entre las más conocidas e insignes de la teología monástica del s. XII, y entre las más representativas en ámbito cisterciense, por las cuales es considerado junto a Bernardo, Guillermo y Guerrico, según dom Anselme Le Bail, incluso como un evangelista (Le Bail A., *L'ordre de Cîteaux, "La Trappe"*, Paris 1926, p. 125).

⁵ El documento más importante es la *Vita Ailredi*, escrita por su secretario y enfermero Walter Daniel y, además, el *Pianto*, escrito por Gilberto de Hoyland cuando recibió la noticia de la muerte de su amigo [*Sermo XLI* in *Cantica*, P.L. 184, pp. 216-218].

⁶ Parece ser que el sacerdocio se transmitió como herencia junto con los bienes ya que la familia era propietaria de las tierras y quizás también de la Iglesia de Hexham a la que acudía pastoralmente.

experiencias amistosas que Aelredo describe en su obra más famosa, *La amistad espiritual*, de este modo: “Cuando todavía era un colegial y me deleitaba el encanto de mis condiscípulos, todo mi espíritu se dio al afecto y se consagró al amor entre las costumbres y los vicios a los que suele aventurarse aquella edad. Nada me parecía más dulce, nada más sabroso ni útil que ser amado y amar”⁷.

De este modo, Aelredo confiesa haber fluctuado y haberse dejado arrastrar por diversas situaciones afectivas, debido a su ignorancia respecto a la verdadera amistad, hasta que su vida efectuó un verdadero giro copernicano gracias a la influencia positiva de la lectura del libro sobre la amistad de Marco Tulio Cicerón sobre el que afirma: “[...] inmediatamente lo juzgué útil por la seriedad de sus sentencias y dulce por la suavidad de su elocuencia”⁸, aunque no se sintió idóneo para seguir esa fórmula a fin de poder encaminar el curso de sus amores e inclinaciones.

Llegada la adolescencia y gracias a la buena fama de su familia y a las excelentes relaciones con la aristocracia laica y eclesiástica, Aelredo fue enviado en 1124 a la corte del rey David I de Escocia para continuar su formación. Su carrera fue brillante dado que ya en 1132 lo encontramos como ecónomo general de la corte.

En una ocasión, le tocó viajar en misión diplomática a York donde tuvo la oportunidad de conocer al noble Walter Epec, señor de Helmsley, quien era benefactor de Rievaulx. Visitó dos veces la Abadía y la atracción que la misma produjo en él fue irresistible. Entró como novicio⁹. Aelredo

⁷ Se trata de las primeras palabras del Prólogo del libro del Beato Aelredo, *La amistad espiritual*, Padres Cistercienses 9, (trad.: María Estefanía Tamburini, o.s.b.), Coedición Monasterio Trapense de Azul-Editorial Claretiana, Buenos Aires 1982. Con respecto a la frase “ser amado y amar”, véase San Agustín, Confesiones, II, 2 y III, 1 (BAC, t. II, pp. 107 y 126).

⁸ Cf. Cicerón, Marco Tulio, *De amicitia*, llamado también *Laelius*, escrito hacia el 44 a.C. Acerca de la influencia de la doctrina ciceroniana de la amistad en la obra de Aelredo cf. Dubois, J., *L'Amitié Spirituelle*, “Introduction”, Ed. Beyaert, Paris 1948 (pp. XLVIII y ss.).

⁹ Aelredo describe su ingreso en la Abadía con las siguientes palabras: “Cuando a mi buen Señor le plugo corregir lo desviado, levantar lo caído y, con salutífero contacto, limpiar al leproso, relegando la esperanza del siglo, entré al monasterio” (Cf. *La amistad espiritual*, op. cit., Prólogo, p. 271). Allí mismo nuestro autor menciona la asidua lectura y meditación de las

pasó allí siete años de silencio, oración prolongada, meditación cotidiana y constante de las Sagradas Escrituras y se dedicó con entusiasmo al trabajo manual intenso¹⁰.

Estos años de silencio, estudio y preparación empiezan a resquebrajarse en 1141, cuando es enviado a Roma con la delegación del Abad Guillermo, para obtener del Papa la anulación de la elección simoníaca de un obispo. Durante este viaje, Aelredo encuentra a San Bernardo, de quien recibirá la “orden” de escribir *El espejo de la caridad*, y entrelazará distintas amistades. A su regreso es nombrado maestro de novicios por dos años, sucesivamente Abad de la nueva fundación de San Lorenzo de Revesby, en la diócesis de Lincoln, y cuatro años más tarde, en 1147, sucederá al Abad Mauricio en Rievaulx donde pasará los restantes veinte años de su vida¹¹.

En la Obra Aelrediana podemos descubrir que el tema predominante de su pensamiento - seguimos a Domenico Pezzini - es la «teología de la relación», donde se entrelazan y recobran sentido recíproco el amor por Dios, por sí mismo y por el prójimo¹². No es ciertamente casual que su primera gran obra se llame *El espejo de la caridad* y la última y más famosa sea *La amistad espiritual*. De hecho, *El espejo* termina afirmando: “La amistad es la perfección de la caridad sobre la tierra”¹³ y, con estas palabras, el Abad cisterciense nos enseña que la amistad no es sólo “un” modo, sino “el mejor modo” de vivir la caridad. Se trata de un verdadero camino, un *itinerarium amoris* que Aelredo se propondrá a sí mismo y a sus monjes, como regla y meta del vivir cristiano. La misma llevará a concluir que la

Sagradas Escrituras y las enseñanzas de los Padres de la Iglesia por lo que respecta a la amistad.

¹⁰ Walter Daniel nos explica que Aelredo abrazó también con gran entusiasmo las distintas formas de trabajo manual (cf. Powicke, F.M., *Walter Daniel's Life of Ailred*, Nelson's Medieval classics, Londres 1950 p. 22).

¹¹ Se trató de un periodo de gran expansión para la Abadía: la comunidad de Rievaulx contaba con 140 monjes y alrededor de 500 hermanos laicos; el doble de cuando Aelredo fuera maestro de novicios (Cf. *Vita* 38, nota 2).

¹² Cf. Pezzini D., *Introduzione, traduzione e note*, en *L'amicizia spirituale*, Paoline Ed., Milano 2004.

¹³ *El espejo de la caridad*, III, p.111.

perfección de la caridad se obtiene a través de la amistad vivida concretamente.

Ya desde el comienzo del Primer libro, Aelredo aconseja a Juan, su primer interlocutor y amigo, que aprovechen la situación serena y el tiempo concedido para dialogar acerca de la relación amical en la que existen tres componentes esenciales: “He aquí que estamos tú y yo. Espero que el tercero entre nosotros sea Cristo”¹⁴.

Desde el inicio, Aelredo utiliza la definición que sobre la amistad ofrece Cicerón: “omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et caritate consensio”¹⁵.

El comentario de Aelredo se detiene especialmente sobre los dos sustantivos que cualifican este acuerdo, dado que su interlocutor le hace notar que ambos términos quizás no tengan el mismo significado para un pagano y para un cristiano, explica entonces: “Tal vez, por caridad entendía el afecto del alma, y por benevolencia, las obras que expresan ese afecto. Porque entre amigos el consenso en las cosas divinas y humanas debe ser amado, es decir, ser suave y precioso para ambos y se exteriorizará benévola y gozosamente en obras”¹⁶. De este modo, nuestro Abad, mediante un sutil juego de palabras relaciona a la caridad con el «*affectus*» y a la benevolencia con el «*effectus*»; de este modo, la primera introduce en el vínculo la dulzura de los sentimientos, mientras que la segunda le ofrece la eficacia concreta de la acción. Y aunque, más adelante, Aelredo pareciera entender ambos conceptos en sentido inverso (cf. I, 47), lo que en realidad nos interesa saber y constatar es que la amistad necesita de ambos, esto es, de un afecto que se hace servicio y de un servicio que es suavizado por el afecto.

¹⁴ Aelredo confirma que la amistad verdadera se da entre un yo, un tú y Cristo, que es quien inspira ese amor santo entre los amigos (cf. *Am.* I, 8-10 y también II, 26).

¹⁵ Sobre todo en el Primer libro, Aelredo recurre a menudo a la definición de Cicerón: “Amistad es tener un mismo sentir, con benevolencia y caridad, acerca de las cosas humanas y divinas” (*De amicitia*, 20), con la cual reitera el vínculo entre *caritas* y *amicitia*. Cf. también *Am.* I, 11, *op. cit.*, p. 275.

¹⁶ *Am.* I, 15, *ibid.*, p. 275.

Por lo demás, Aelredo citará la definición ciceroniana¹⁷ literalmente, pero la adaptará a su *forma mentis*, como fuera delineado en *El espejo de la caridad*, es decir, será iluminada por la luz de Cristo que permitirá obtener una respuesta segura a cada interrogante: “En efecto, - confirma cuanto expresado por Juan - ¿qué se puede decir acerca de la excelencia, la verdad y el provecho de la amistad, sino lo que dijiste: que nace en Cristo, en Cristo crece y por Él se plenifica?”¹⁸.

Y define, en consecuencia, al amor en el contexto del discurso sobre la amistad, subrayando de modo particular la nota del *gaudium*: “El amor es cierta afición del alma racional por la que ella busca algo con ardor y lo apetece para gozarlo; lo goza con cierta suavidad interior, lo abraza y lo guarda como adquisición propia”¹⁹.

De este modo, podemos destacar lo siguiente: la idea de la amistad como funcional al perfeccionamiento del hombre no es una novedad de por sí²⁰, ella se encuentra presente desde los primeros siglos; sin embargo, Aelredo amplifica este rol y lo pone en el centro de la experiencia ascética dado que es en virtud de las relaciones de amistad que el alma comienza su *reditus*, el itinerario de reencuentro entre lo humano y lo divino²¹. Por otra parte, debemos señalar que la atención cognoscitiva de Aelredo se encuentra vinculada estrechamente con la relación afectiva: la amistad es un lugar teofánico, es decir, el lugar mismo donde dos amigos pueden ser partícipes de manera directa e inmediata de Dios²².

¹⁷ Cf. Pizzolato, L., *L'idea di amicizia nel mondo antico classico e cristiano*, Einaudi, Torino 1993 (pp. 114-115).

¹⁸ Am. I, 9.

¹⁹ *Ibidem*, I, 19.

²⁰ Cf. Polek, *Teologia dell'amicizia negli scritti di Aelredo di Rievaulx (1110-1167)*, en «Cistercium mater nostra: tradycja-historia-kultura», 2 (2008), p. 86 y, además, *Anselmo d'Aosta, ritratto su sfondo*, Milano 1998, p. 158.

²¹ Debemos destacar la componente escatológica del pensamiento de Aelredo: un *regreso* al orden que para el autor implicará una situación de reposo (Cf. Pezzini D., *Translating Friendship in Aelred of Rievaulx: from Experience to Image*, in «Cîteaux. Commentarii cistercienses», 52 (2002), pp. 36-38).

²² La amistad entendida como “lugar teofánico” representa, como subrayan algunos autores, un paso ulterior que Aelredo realiza con respecto a Bernardo: nuestro autor asimila y

En Aelredo existe, pues, una revisión del vocabulario de la tradición para poder emprender esta exaltación espiritual del rol del amigo: la designación del mismo como *animi custos*²³ o *animi consors*²⁴ sirve a nuestro Abad para la construcción de un modelo de amigo como *alter ego*, que no se destaca formalmente de la tradición cristiana²⁵. En este contexto, Aelredo afirma: “El *amigo* es el custodio del amor²⁶ o, como dicen otros, *el guardián del alma*²⁷. Sí, es necesario que mi amigo sea custodio del mutuo amor y, aun más, de mi misma alma, para que guarde con silencio fiel todos sus secretos; para que cure y cargue con todas sus fuerzas cualquier vicio que vea; para que goce cuando gozo y llore cuando llo²⁸, y sienta que son todas suyas las cosas de su amigo”²⁹.

Aelredo presenta también la gran distinción existente entre la amistad y la caridad, dado que después de la caída del primer hombre, la aparición de la *cupiditas*, la *avaritia* y la *invidia* ha obligado a los hombres buenos a discernir entre *caritas* y *amicitia*³⁰. El primer término define, pues, el amor incondicionado debido a todos, aún a los malvados, mientras que el segundo califica “un pacto más estrecho de amor” que “al comienzo era practicado

reinterpreta la interpretación cisterciense del *nosce te ipsum* y desliza el centro de la experiencia espiritual fuera de sí mismo para colocarla en otro sí.

²³ San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* XXVII, 4, a cura di R. Étaix, Turnhout 1999 (Corpus Christianorum, Series Latina 141) p. 232.

²⁴ La expresión de San Ambrosio es, en realidad, un poco distinta: él nos habla de *consors amoris* (*De Officiis*, III, 22, 133, a cura di M. Testard, Turnhout 2000), pero Aelredo cambia el término porque necesita insistir sobre la unión espiritual de los amigos.

²⁵ Si bien la terminología empleada por Aelredo no se aleja de la tradición, es el sentido que el Abad cisterciense le atribuye a las palabras que le confieren originalidad a su idea de amistad.

²⁶ Domenico Pezzini comenta acerca del término «custode dell’amore» que “rimanda con tutta evidenza al modello che Gesù ha dato di sé in quella sua «teologia dell’amicizia» che è il discorso d’addio in Gv. 17”. Y luego agrega que el Abad cisterciense destaca inmediatamente después las dos cualidades esenciales de la amistad: “è un bene essenziale, tale per cui l’uomo che non la sperimentasse si abbasserebbe al rango degli animali, ed è una «virtù eterna», destinata a non finire, anzi, a dare già in questa vita una sensazione di eternità” (Pezzini D., *Introduzione, L’amicizia spirituale, op. cit.*, p. 63).

²⁷ San Isidoro de Sevilla, *Etymologiae*, 10, 5.

²⁸ Rom. 12, 15.

²⁹ Am., I, 20.

³⁰ Am. I, 58-59.

por todos con todos (*inter omnes...et ab omnibus*), como la caridad, pero que en la actualidad queda confinado a unos pocos buenos”³¹. En el segundo libro, Aelredo indicará una jerarquía entre ambos términos, reconociendo explícitamente en la *amicitia* un grado de perfección mayor con respecto a la *caritas*, dado que posee la capacidad de llevar a los hombres más cerca de Dios, “a un paso de la perfección”³².

La amistad implica para Aelredo, por ende, una reciprocidad, una dulzura de sentimiento, una gratificación, pero, sobre todo, una “seguridad” que cautiva y une en la confianza recíproca a aquellos que, sin temores, confían el uno en el otro su corazón con todo lo que contiene³³.

En efecto, el Abad de Rievaulx, distinguirá entre una amistad carnal, que nace de la propia emotividad, corre hacia el vicio y a menudo se disuelve con la rapidez con la que nació; una amistad mundana que crece con la esperanza de obtener alguna ganancia y tiene como medida la consistencia de la bolsa y como duración la perspectiva de una ventaja; y la amistad espiritual acerca de la cual Aelredo afirma: “[...] la amistad espiritual aglutina a los buenos por la semejanza de vida, costumbres e ideales³⁴. Nuestro Abad cisterciense agrega, además, lo siguiente: “El corazón del hombre la desea por la dignidad intrínseca de su naturaleza y su fruto no es otro que ella misma³⁵. Nace sólo en consideración de la virtud de los buenos, es rica de dulzura y de sentimiento, tiene en Cristo su principio, su rumbo y su meta; potencialmente es eterna³⁶”.

Aelredo concluye este primer diálogo con un auténtico himno a la amistad, que se puede asimilar a la sabiduría. El entusiasmo del maestro contagia al discípulo, quien parafraseando a Juan, se preguntará: ¿“el mismo

³¹ Am. I, 59.

³² En Am. II, 14 leemos: “gradus est amicitia vicinus perfectioni, quae in Dei dilectione et cognitione consistit”, concepto que va a confirmar también en II, 18.

³³ Am. I, 32. De este modo, Aelredo, antes de distinguir los distintos tipos de amistad, especifica que la «dulzura» que se percibe en toda forma de unión, aún la de los malvados, es como un último residuo de la impronta del Dios-Amor en nosotros y se convierte así en una invitación a elevarse de las amistades más bajas y mundanas a la auténtica amistad espiritual.

³⁴ Cf. Casiano, *Conferencias*, 16, 2 (ed. Nebli: t. II, pp. 150ss.).

³⁵ Cicerón, *op. cit.*, 31.

³⁶ Podemos subrayar con algún comentador que Aelredo ve en la amistad una suerte de regreso al Edén o un preludio del paraíso (Cf. Pezzini D., *Introduzione*, *op. cit.*, p. 65).

Dios es amistad”?. Aelredo le responde confirmando sin vacilaciones: “Quien permanece en la amistad, permanece en Dios y Dios en él”³⁷.

Pasarán alrededor de dos décadas para que Aelredo retome las primeras reflexiones sobre la amistad espiritual. El interlocutor de su Primer libro, realizado probablemente en la Abadía de Wardon, había sido su difunto amigo, el monje Juan, de quien propondrá al inicio del Segundo libro un recuerdo breve y emocionado; en cambio, los interlocutores del Segundo y del Tercer libro serán otros dos monjes: Walter Daniel, *in primis*, y Graciano (definido por Walter «discípulo de la amistad») y el coloquio con ambos se desarrollará, en este caso, en la Abadía de Rievaulx.

En el Segundo libro, sintéticamente, podemos decir que Aelredo recupera algunos temas del primer coloquio. Nos interesa destacar, de modo sucinto, el hecho de que nuestro Abad deposita su mirada en la dinámica de la relación afectiva. Ya en *El espejo de la caridad* afirmaba lo siguiente: “Quia vero homo et ex corpore constat, et ex anima; actus utique noster, quantum facultas suppeditat, utrique debet prospicere”³⁸. De este modo, para Aelredo, la dimensión espiritual y corporal se compenetrán y, a partir del amor humano, se trasciende al amor divino. Este tema es evidente en su doctrina del “beso de la unidad”. Aelredo entiende esta metáfora del *beso* como un trasvasarse del uno en el otro con las cosas más vitales e íntimas que se poseen: el aire, el “espíritu”, el aliento. Simboliza, en consecuencia, la unión entre los amigos con tres tipos diferentes de besos: el corporal, el espiritual y el intelectual³⁹. El beso *corporal* es el beso de paz, el beso de los esposos o de los amigos que se encuentran después de una prolongada separación. A partir de éste se puede trascender hacia el beso *espiritual*, que es fusión de corazones, es decir: “[...] non coniunctione labiorum, sed commixtione spirituum”⁴⁰. Se pasa, de esta manera, de la amistad espiritual al beso *intelectual*, al *osculum Christi*, vale decir, a la unión final de lo

³⁷ Cf. Am. I, 70.

³⁸ Cf. *Speculum caritatis* III, 22, 52.

³⁹ Cf. Am. II, 21-27.

⁴⁰ Am. II, 26. Cf. también *Speculum caritatis* I, 34 donde Aelredo se había expresado de modo semejante sobre el *beso espiritual*.

humano con lo divino⁴¹. Esta unión mística nos lleva a “reposarnos en el abrazo de Cristo”⁴².

Interrogado por Walter acerca de la meta y los límites de este tipo de amistad, Aelredo responde empezando por la cima: el límite de la amistad declarado por Cristo es “dar la vida”⁴³.

En el Tercer libro el Abad Aelredo confirmará que la amistad nace del amor, aunque, de algún modo, lo comprende y lo supera. Ésta realiza una de las más altas síntesis: une la razón al sentimiento, se admira por cuanto existe de bueno en el otro y se alegra por algo que nos complace, es respeto casto y dulzura de la sintonía. Su estructura es la estima por la virtud, su ornamento es la amabilidad de los modos y el encanto que deriva de esto. El fundamento es, y resta, el amor de Dios; aunque a diferencia de la caridad, la amistad selecciona⁴⁴.

Esto es debido a que si su fin y su fruto más deseado es la paz del corazón, hay que prestar atención, elegir con cuidado y probar a la persona antes de embarcarse en una amistad. En cuanto a la elección, Aelredo designa cuatro tipos de personas que considera inadecuadas para una relación amical: los irascibles, los inestables, los sospechosos y los charlatanes⁴⁵. Los primeros amenazan la paz, los segundos la estabilidad, los terceros la confianza y los últimos la seguridad de quien sabe que sus secretos se encuentran bien custodiados en el corazón del amigo.

Por lo que respecta a la verificación o “prueba” del amigo, Aelredo menciona cuatro elementos fundamentales: la fidelidad, la intención, el criterio y la paciencia⁴⁶. La fidelidad es la base de la seguridad; la intención revela las expectativas, que corresponden a la misma amistad; el criterio

⁴¹ Am. II, 23-24. En este texto nuestro autor afirma: “Est igitur osculum corporale, osculum spiritale, osculum intellectuale. Osculum corporale impressione fit labiorum; osculum spiritale coniunctione animorum; osculum intelletuale per Dei spiritum infusione gratiarum”. Acerca del beso como unión de los espíritus, véase cuanto afirma Guillermo de Saint-Thierry (*Meditative orationes*, VIII, 7).

⁴² Am. II, 27.

⁴³ Am. II, 33.

⁴⁴ Cf. Am. III, 2-5

⁴⁵ Cf. Am. III, 14.

⁴⁶ Cf. Am. III, 61.

colma a la amistad de sabiduría y discernimiento; la paciencia, finalmente, cuida la estabilidad, impide que las desavenencias se vuelvan laceraciones insanables y que se genere incompreensión y rechazo.

Existen dos aspectos finales que nos interesa señalar: el primero responde a algunos consejos prácticos que da Aelredo para cultivar la amistad. Se trata de la simplicidad y la transparencia, que son las actitudes más apreciadas en antítesis con la tortuosidad y la sospecha que pueden envenenarla inexorablemente⁴⁷. El segundo hace referencia a la necesidad de que la amistad elimine toda disparidad. A este respecto, Aelredo cita a Ambrosio, quien a su vez toma de la Sagrada Escritura la siguiente afirmación: “El amigo fiel es verdaderamente una medicina para la vida, una gracia de inmortalidad”⁴⁸.

En definitiva, existe un elemento que hay que destacar y es la relación entre el amor por Cristo y el que hay que tener por los amigos. Son dos polos indispensables entre los que se mueve de modo vital nuestra necesidad de «ser amados y amar»: el ideal no es ni un amor espiritual desencarnado, ni una amistad que se encierre en una relación entre dos personas con el riesgo de sofocar. Es aquí que Aelredo propone, pues, la imagen de la escala en la que se puede: “[...] ya subir hacia el abrazo del mismo Cristo, ya bajar hacia el amor del prójimo para una dulce pausa de reposo”⁴⁹.

La inserción de Cristo, el “tercero” en la relación amical, da a la amistad una fuerza que alcanza al Cielo. Por eso mismo, Aelredo concluye: “Así, del santo amor con que se abraza al amigo, nos elevamos a aquel amor con que se abraza a Cristo, saboreando con gozo y a boca llena el fruto de la amistad espiritual cuya plenitud esperamos en la eternidad [...] Entonces, nacido ya el sosiego, gozaremos de aquel sumo Bien de la eternidad. Esta amistad, a la que aquí a pocos admitimos, se trasvasará a todos y desde todos se verterá en Dios para que *Dios sea todo en todos*”^{50,51}.

⁴⁷ Cf. Am. III, 89.

⁴⁸ Am. III, 97.

⁴⁹ Am. III, 127.

⁵⁰ 1 Cor. 15, 28.

⁵¹ Am. III, 134.

A modo de conclusión, quisiera decir que el mejor modo, y más seguro, para conocer el corazón de Aelredo es, hoy, la lectura de sus escritos, ya que estos son respuestas a preguntas concretas de personas concretas, y la fuente de la cual él toma lo que expone es la “biblioteca de su corazón” (*Bibliotheca cordis*)⁵².

Se cuenta que en la espléndida Iglesia gótica que fue destruida el 3 de diciembre de 1538, debido a la furia iconoclasta unida a la avidez de dinero, bajo Enrique VIII se encontraba “adornado de oro y plata”⁵³ el epitafio del gran Abad de Rievaulx que recitaba: «Et cito quam legitur, tam cito relegitur» (“apenas se lo leyó, se tiene ganas de releerlo”), porque sus escritos nos dejan su herencia más preciosa. Y ese fue también el pensamiento de Walter Daniel, quien nos cuenta en el número 63 de su *Vida* que, mientras componía el cuerpo ya sin vida de su Abad, maestro y amigo, realizó este gesto ritual con su venerado Aelredo: ungió los dedos pulgar, índice y medio de su mano derecha, “porque con esos dedos había escrito muchas cosas acerca de Dios”.

⁵² La expresión es de Walter Daniel en *Vita* 25 y del mismo Aelredo en *Regla* 18, líneas 571-575.

⁵³ Leland J., anticuario del rey Enrique VIII, habla de la tumba en sus *Commentari de Scriptoribus Britannicis* (Oxford 1709), I, p. 200. Cf. también Squire, p. 2.